del espíritu humano que todas las tristes y monótonas horas de la existencia terrena; pues ante el genio se produce el éxtasis, y el éxtasis engendra la plegaria dulce, vehemente, expontánea y purificadora, mitad mística harmonía tributada al Creador Supremo, y mitad epopeya de la grandeza del hombre, en último resultado, también el poema de Dios! ¡Ah! ¡con qué alegría tan intensa y tan pura, acabamos de hacer desfilar ante nuestra frágil memoria, presa de estupor inconcebible, esas sombras venerandas que condensan la vida universal en su más espléndida y grandiosa manifestación, borradas las convencionales fronteras del tiempo, las distancias, las razas y los países; y entramos de lleno en la realización de este hermoso pensamiento del sublime é incomparable Alfonso de Lamartine:

"Si ponéis las generaciones en relación habitual por medio de vuestros escritos con esos grandes hombres, con esos hombres virtuosos, esos genios superiores, esos héroes, esos mártires, esos sabios, esos filósofos, esos poetas, esos artistas, que en su vida ó en sus obras han derramado su sangre, su sudor, su alma, su amor, su patriotismo, sus inspiraciones y sus palabras en ese foco común de grandeza, de desinterés, de abnegación para con sus semejantes, de genio, de compasión, de generosidad, que constituye la gloria y título de la especie humana; si imprimís de este moodo á vuestro pueblo la santa religión del entusiasmo, por el nombre, el pensamiento, las acciones, los esfuerzos, los infortunios, y hasta por la muerte de estos tipos de la humanidad, no dudéis que habréis inculcado á un mismo tiempo en vuestros hijos la emulación de reunir lo que éllos admiran, y que este entusiasmo que no parece á primera vista más que la llama de la imaginación, descenderá hasta el alma, constituyendo en élla muy en breve un manantial de moralidad nacional. El hombre es imitador, porque es susceptible de perfección; lo que le faltan son lecciones, lo que necesita son modelos que copiar. Tomad éstos en la historia y mantenedlos siempre á la vista de vuestros hijos: éllos llegarán á formar pueblo, y este pueblo os honrará sobrepujándoos: trasmitirá vuestro nombre á la posteridad, y vuestro tributo de civilización al Supremo Civilizador!"

¡Admirad, pues, como se merece al santo Obispo de Colima!!

XXXIV.

Y queréis ahora saber, ¿cómo se venga este caritativo Apóstol de todos aquéllos que gratuitamente se han declarado sus terribles enemigos? Pues de la misma manera que lo hizo la magna figura de Clemente VI del inmundo pasquín que le dirigió Juan Visconti: perdonando y tendiendo su piadosa mano á sus perversos detractores; porque el virtuoso Prelado de Colima es generoso en demasía; sus intenciones son puras; leal su conducta; su alma, bella; su inteligencia, ilustrada y de poderosísimos vuelos, y su corazón, magnánimo; asemejándose en todo al inmortal Pío IX de dulce y sacrosanta memoria, y sobresaliendo, como el Pontífice del Syllabus, de la Inmaculada Concepción de María y de la Infabilidad del Vicario de Cristo en el raro y singularísimo dón de la clemencia. ¿A qué dardo envenenado de la calumnia procaz é insidiosa no ha contestado su generoso pecho con un nuevo beneficio para sus osados detractores? Que hablen los judas, los ingratos que á pesar de sus perversas maquinaciones, *aerem verberare,* no han podido, ni podrán jamás, agotar la ingénita bondad de ese varón justo, cuya actitud digna y severa en todas las situaciones de su vida ejemplar, toma proporciones gigantescas cuando las ruines pasiones de sus inícuos perseguidores tratan de ofuscar su gloria, ó cuando menos, de menoscabar su reputación de sabio, de ilustrado y de virtuoso que á costa de nobleza y de heroismos sin cuento tiene ya legítima y perdurablemente asegurada. En vano, obscuros fariseos, deturpáis á ese Mitrado insigne: contempladle cara á cara, si podéis, y caed de rodillas en su presencia. La ingente luz del Sol ciega las pupilas de los insensatos que sin el auxilio de los recursos científicos osan clavarlas en su disco: ¡cómo, vosotros, sin ser águilas caudales, tratáis de acercaros imprudentemente hacia ese astro de primera magnitud en el universo moral é intelectual? No os canséis, no os debatáis inútilmente en vuestra miserable abyección; esa figura radiosa, llena de majestad y de dulzura atrayente, tiene fé en su misión divina, y atravesará el mundo imperturbable y sonriente, sin inquietarse por las borrascas del oceano de la vida, ni por los peligros suscitados por la impiedad y el espíritu del mal; sabe que como su Divino Maestro cruzará el impetuoso mar de Tiberiades y llegará á puerto feliz, en donde antes de depositar su báculo en manos de su sucesor, habrá resuelto los árduos problemas religioso-sociales que tanto preocupan ahora á los pensadores de nuestros días; habrá condenado enérgicamente los perniciosos errores del Sensualismo, del Racionalismo y del Positivismo modernos, y las absurdas teorías de la seudo-filosofía panteista, y habrá puesto el sello augusto de su autoridad como Príncipe de la Iglesia de Cristo á las verdades de la Fé, reveladas por el Altísimo á sus Pastores! Así entrará un día en la mansión de la verdadera inmortalidad el que ya es aclamado y bendecido por sus contemporáneos. ¡Sólo la muerte, al reducirle á sus dominios y arrancar lágrimas purísimas de castos y agradecidos ojos, hará que, convertidas en diamantes, aparezca abrillantada y con fulgores de cielo, la cifra ya luminosa de su esclarecido nombre!.... Hoy se le llama la honra del Episcopado Mexicano: en el siglo que pronto vendrá á escribir su nombre en el catálogo de los tiempos, si la gratitud y la justicia no han desaparecido de la Tierra, al cumplirse esta sentencia del Sagrado Libro de los Proverbios: "La memoria del justo es un perfume que se exhala en el porvenir," se le distinguirá con el hermoso título de ¡GLORIA IMPERECEDERA DE SU EDAD!

XXXV.

PORQUE sin abrogarnos en lo más mínimo la misión de augures, creemos, que quien como el Ilmo. Señor Silva ha escogido por modelo de su vida episcopal al gran luminar de esta centuria, *Lumen in coelo,* Su Santidad León XIII, cada día que pase le acarreará una nueva y espléndida victoria, que sumadas al fin de una existencia de gloriosas luchas, arrojará en el activo de sus propios merecimientos el caudal fabuloso que le permita entrar con toda magnificencia en el templo augusto de la fama sempiterna. Y puesto que los días que alcanzamos se distinguen por el apego á las demostraciones científicas, vengan en nuestro auxilio la Historia y su *alma mater,* la inextimable filosofía de la misma: Dice la primera, que el actual Vicario de Cristo en su Encíclica *"Aeterni Patris"* aparece como el Pacificador de las naciones, inculcando la enseñanza de la Filosofía Tomística; en la *"Inmortale Dei,"* como el Restaurador del Catolicismo en las evoluciones del progreso; en la *"Grande Munus,"* demostrando su evangélica solicitud por la prosperidad de la Iglesia y pensando y preocupándose por los cismáticos del Oriente; en la *"Auspicato Concessum,"* demostrando la sublimidad de la perfección cristiana en San Francisco de Asís y estableciendo que la regeneración del mundo sólo es posible observando las máximas purísimas del Evangelio; en la *"Iam pridem,"* estableciendo el resorte de la disciplina cristiana para preparar convenientemente á los que más tarde tendrán á su cargo las funciones del templo y del tabernáculo; en la *"Novilissima Gallorum Gens,"* haciendo palpable la influencia de la escuela católica en la constitución y gobierno de las sociedades doméstica y civil; en la *"Quod Apostolici,"* condenando los perniciosos errores del Socialismo, del Comunismo y del Nihilismo contemporáneos; en la *"Diuturnum illud,"* planteando y resolviendo la cuestión de la obediencia y la fé en sus relaciones con el poder público; en la *"Arcanum Divinae,"* defendiendo el carácter sagrado del matrimonio canónico; en la *"Misericors Dei Filius,"* cohonestando la inmutabilidad del dogma católico con la prudente variedad de la disciplina eclesiástica; en la *"Etsi Nos,"* aprobando y recomendando las sociedades católicas de obreros, y ordenando que se oponga á la prensa impía el periódico religioso, eficaz para combatir los errores y asegurar la salud y el bienestar de los pueblos; en la *"Sancta Dei Civitas,"* inculcando y promoviendo las misiones como medio adecuado para extender por todo el mundo la gloria y el reino de Jesucristo; en la *"Humanum Genus,"* defendiendo con brío y con celo irresistibles la la libertad cristiana; en la *"Inscrustabile Dei,"* descubriendo el origen de los males que aquejan á la sociedad civil y á la Religión Católica y prescribiendo el remedio seguro de semejantes infortunios; en la *"Sicut Multa,"* protestando en contra de las injurias hechas á la Iglesia y al

Pontificado Romano, y exhortando al Orbe Católico á defender con denuedo los derechos de ambas instituciones; en la *"Supremi Apostolatus,"* patentizando la necesidad de honrar á la Madre del Eterno por medio del Santísimo Rosario; en la *"Quod Auctoritate,"* enseñando la eficacia de la oración y señalando con caridad sublime como premio, el perdón de la culpa; en la *"Militans Jesu,"* elevando su espíritu en alas de la fé potente hasta el trono de la Misericordia Infinita y encontrando allí los auxilios convenientes á las necesidades de los tiempos. . . Pero ¿á dónde llegaríamos en nuestro afán de encontrar las causas que originan la grandeza suprema de este Pontífice excepcional? ¿En qué orden, en qué categoría, en qué esfera de las virtudes ó de los conocimientos que dignifican al ser racional en esta luminosa centuria, no brilla en primer término la Santidad de este Papa teólogo y naturalista, filósofo y literato, jurisconsulto y estadista, poeta y filántropo, munífico y humilde, liberal y abnegado, caritativo y prudente y virtuoso y santo?

Pedro Antonio de Alarcón trae en una de sus obras esta fotografía moral del siglo que termina: "Cánova, Napoleón, lord Byron y Bellini son los cuatro hombres fabulosos, las cuatro figuras clásicas, los cuatro semidioses que presidieron á la entrada del más grande de los siglos. Los cuatro brillaron juntos, como una constelación de gloria, y se apagaron casi al mismo tiempo.—Napoleón murió en 1821, Cánova, en 1822, lord Byron, en 1824 y Bellini, en 1834.—Los cuatro pasaron por Venecia, y se dividieron los aplausos de la inmortal Italia.—Cánova labró los bustos del moderno César. Lord Byron cantó sus triunfos y lloró su muerte. Bellini cubrió de flores su sepulcro. Son cuatro genios hermanos que resumen la poesía del siglo XIX.—Sin Cánova, pudiera decirse que la belleza plástica era irrealizable en nuestra época.—Sin Napoleón, la diplomacia hubiera heredado á la epopeya, y nuestra generación, al leer la historia de la que le dió el ser, sólo tendría aplausos para los prodigios de la industria.—Sin lord Byron, la revolución moral y social carecerían de poesía.—Sin Bellini, esto es, sin la música, de que es la expresión más elevada, la civilización hubiera sido sordo-muda." ¡Bellísima, exacta, sorprendente! Así era nuestro siglo en su adolescencia, en los primeros albores de su hermosa y violenta juventud; pero en la edad madura, en los años de la reflexión y de la sensatez, ¡cuánto ha cambiado su fisonomía! Hoy, para darle aún parecido á aquella magistral pintura, urge vigorizar, con la severa magestad de la ciencia, los artísticos lineamientos; retocar los contornos, dar claro-obscuro á las facciones, acentuando la gravedad peculiar que imprime el dominio absoluto del pensamiento ilustrado. Es preciso que entre las magnas figuras de ese cuadro, se destaque en primer término, radiosa y sobrehumana, la personalidad excelsa del gran Pontífice reinante, y no podríamos dispensarnos de añadir estos ó parecidos conceptos: "Sin León XIII, que es la encarnación de la Filosofía verdadera, las Ciencias no iluminarían el mundo físico, intelectual y moral, y el *siglo de las luces,*

al acabar sus días, carecería del luminar fecundo que contrarrestara las sombras densas de la ignorancia y del error."

Si pues la Historia Universal habla así de León XIII, como Supremo Jerarca y Padre común de la cristiandad, aquilatando su gloria imperecedera; la particular de México, y especialmente la de esta Comarca eclesiástica, dan, fundadas en los hechos que aquí mismo tenemos demostrados, iguales epítetos —acomodados á nuestra civilización y presente cultura— al Ilustre Obispo de Colima; venga ahora la sana y recta Filosofía á deducir de tan verdaderas premisas, la forzosa y natural consecuencia que de éllas mismas se desprende: luego el Ilmo. y Rmo. Señor Dr. Don Atenógenes Silva, dignísimo Obispo de Colima, es grande y esclarecido por su gloria; pero aun ascenderá en cada instante de su preciosa existencia á mayores y más envidiables prominencias, supuesto que aplicando el telescopio de la deducción, descubrimos en los confines del horizonte intelectual esta verdad irrefutable: el astro de primera magnitud que en el Orto aparece brillante, llega á su Zenit heliófano y puro. ¡Ah! no tendremos la fortuna de contemplarte en todo el apogeo de tu grandeza, ¡caritativo y santo Padre de nuestro espíritu! pero con delicia inefable lo presiente nuestro corazón agradecido y que tú supiste formar, y esto basta: ¿acaso el divino sueño de tan indescriptible ventura no supera, y con mucho, á las mezquinas realidades de la vida terrena, tan efímera, tan breve, tan desazonada y tan triste, y donde todo es sombra y vanidad de vanidades? Dejad, pues, á la mente exaltada esta sublime escapatoria hacia el mundo intangible de las dichas apetecidas; dejad que viva y goce perdida dulcemente en tan inmensas como risueñas lontananzas; dejadla que apure la alegría allá en el fondo de la conciencia, antes que en el alma vuelvan á penetrar las nociones conscientes del tiempo y del espacio, arrancándola de éxtasis tan arrobador y placentero. Esta admirable fotogenia de la admiración nos engrandece, y al vivirla nuestro espíritu, va mucho más allá de los placeres de un día, celebrados entre la ilusión que se desvanece y el desengaño que se impone. Toda una tempestad de pensamientos se agitan en nuestro cerebro: los de ayer, los de hoy, los de mañana; ¿no esesto la eternidad misteriosa ó *a parte pos* del espíritu humano? ¡Sí! Inclinémonos, y puesto que todo tiene límite en la tierra, sellemos nuestro labio y bendigamos así al Creador y á la Criatura dignos de nuestras alabanzas: ¡el polvo de la tierra sólo animado por el espíritu divino de Jesús, llegó á conocer el lenguaje místico de la adoración debida al Hacedor Supremo!

ORADOR.

Ἀνθρῶν γὲ πρῶτον κρινοῦσί
Sóphocles.

¡Te consideran el primero de todos!

I.

LA labor intelectual, como gestación cohibida entre las deficiencias del espíritu y las rebeldías de la palabra humana, será en todas épocas meritísima para los ingenios preclaros, sabedores de cómo no es lo más difícil el pensar, sino exteriorizar las ideas con toda la majestad del pensamiento, y lograr, en síntesis admirable, que sea emitido éste con toda la posible perfección de su esencia misma, si se quiere que arrebate y sorprenda; y suficientemente engalanado con las exquisiteces de la dicción, para que subyugue y reduzca á su imperio, así el vuelo de las inteligencias, como las seducciones del corazón. El *nil mortalibus arduum est* del gran poeta venusino, y el *labor omnia vicit* del sublime mantuano, en esta clase de empeños, nunca pasarán de unas paradojas hermosísimas; pero esto no obstante, jamás dejarán de merecer encomios, y muy elevados, los nobles justadores que en el torneo de la civilización luchan con brío por llevarse la palma de la victoria, y ora con su elocuencia en el púlpito, en la cátedra ó en la tribuna, ora con su erudición y doctrina en el libro, en el folleto, en la prensa, esa hoja diaria entregada á la voracidad del público, mejoran á la humanidad en su fatigosa peregrinación por la tierra, y la empujan, con laudables propósitos, hacia la meta de su ambicionado perfeccionamiento. No de nuestros días es ciertamente este anhelo incesante; al través del tiempo y del espacio, si tuviéramos alas y dado nos fuera recorrer las edades, desde la de piedra, hasta ésta última dé-